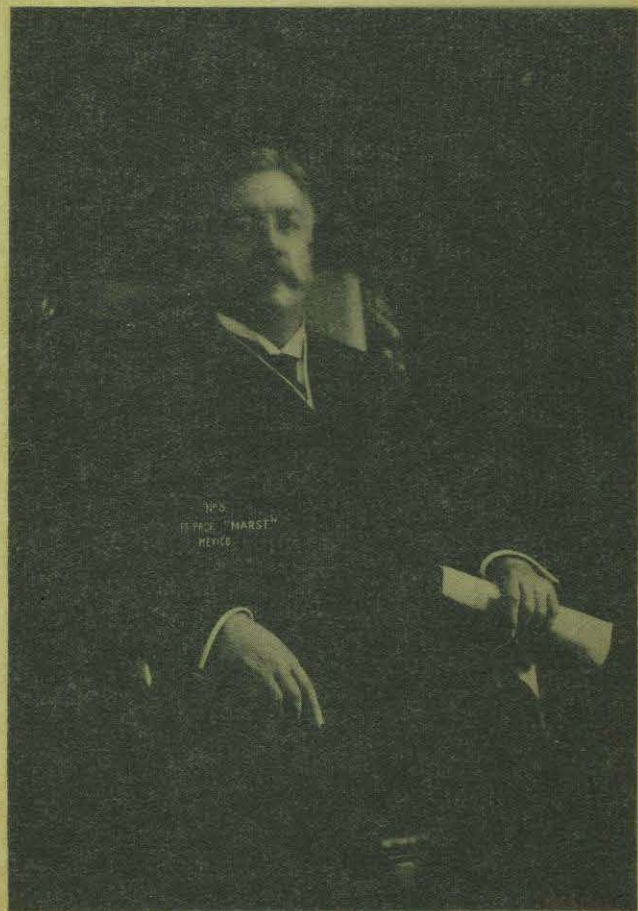


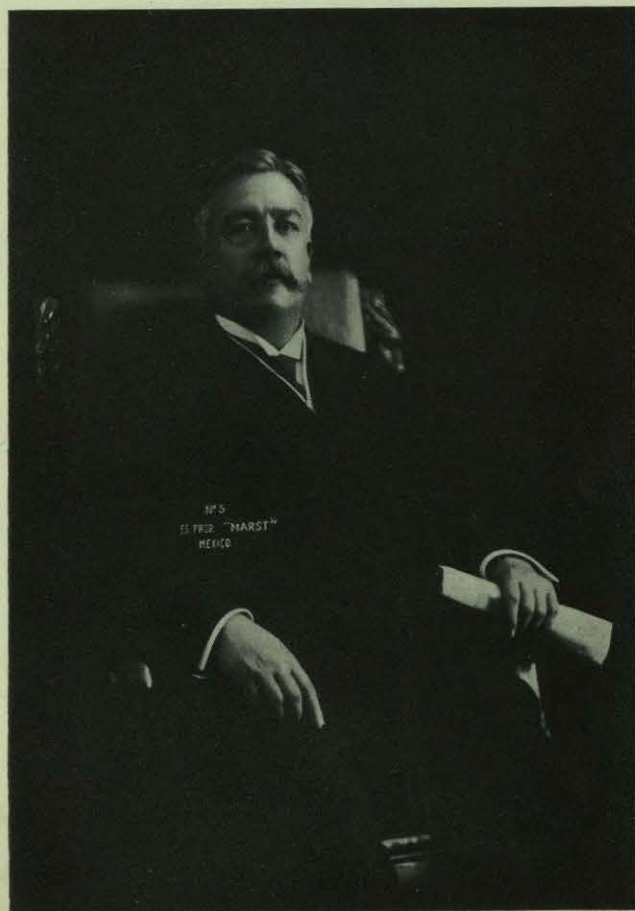
RESUMEN DEL CAPÍTULO QUINTO.

La defección de las tropas.—Orozco en los cuarteles.
—Escena en la Penitenciaría.—Chihuahua en poder de los rebeldes.—Los jóvenes de la buena sociedad se alistan en las filas.



Don ABRAHAM GONZÁLEZ.

1904 N. Y. 7
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY



Don ABRAHAM GONZÁLEZ.

CAPITULO V.

Emociones de distinta naturaleza disfrutaba en aquellas horas memorables del dos al tres de marzo de mil novecientos doce, el ilustre general Pascual Orozco.

Como lo asentó en su cacareada renuncia, hecha en forma de Manifiesto a la Nación, sólo volvería al servicio de la Patria si el pueblo, «el soberano entre los soberanos», según cordovina frase, así se lo pedía. El General sintió en esas horas solemnes, en ese momento de oro de su vida, que los habitantes todos del Anáhuac lo proclamaban caudillo encomendándole, a gritos, la sagrada misión de derribar el Gobierno de don Francisco I. Madero; se figuró que el Plan de San Luis Potosí, vuelto persona, le exigía con voz autoritaria que realizara y diera cumplimiento a sus promesas.

Orozco, sintiendo arder en su esforzado corazón la llama redentora de las revoluciones, se encaminó a los cuarteles donde ya lo esperaban ansiosos sus «muchachos» y les dijo, con palabra torpe, pero conmovida, que iba a ver quiénes eran los que querían seguirlo en la nueva lucha que tan arriesgada y noblemente iba a emprender, porque *altos deberes de patriotismo* así se lo exigían.

Como era de esperarse, por estar conve- nido, ninguno de aquellos valientes se negó a seguir a su general; y el golpe efectista de la pantomima fué la prisión dulce, benigna, de los coroneles Marcelo Caraveo y Agustín Estrada, que, como jefes de la guarnición y *militares pundonorosos*, se abstuvieron de secundar el movimiento.

Un poco más tarde, después que quedaron arreglados los cuarteles y proclamado Orozco Jefe Supremo de la Revuelta, se dirigió a la Penitenciaría, acompañado de algunos oficiales, y, acto continuo, hizo llamar al Alcaide ordenándole que pusiera a su disposición los reos políticos; y aunque semejante procedimiento le pareciera un poco irregu-

tar al Jefe del Presidio, sin embargo, no pudiendo oponerse ni replicar siquiera al mandato de aquella omnipotencia, hizo traer sin dilación ante el caudillo los presos que se le pidieron.

Formados en el patio y a la indecisa claridad del día que ya empezaba, «Orozco el Grande», como lo llamara pocos días después el poeta cantor de sus hazañas, dirigió la palabra enfáticamente a los reos, en los siguientes o parecidos términos: «Señores, desde estos momentos yo soy tan revolucionario como todos ustedes (aquí la frase favorita y decisiva de Córdova) *altos deberes de patriotismo* me obligan a lanzarme otra vez a la revolución. Vengo a daros vuestra libertad, mas si alguno de vosotros fuere anuente (expresión sui géneris del héroe) a venirse conmigo, estoy dispuesto a recibirlo con los brazos abiertos».

No hubo uno solo de aquellos individuos que no quisiera, de mil amores, acompañar a su libertador; pero, pasada una revista a las filas, se exceptuaron tres o cuatro de entre ellos, que, según el decir del General, habían muy mala catadura.

Unas horas después era la plena luz del domingo, 3 de marzo, y la faz política de la noble Capital de Chihuahua, cambiaba por completo; Pascual Orozco asumía todos los mandos, todos los poderes, y la Sociedad, la Banca y el Comercio, le rendían pleito homenaje, poniendo en sus manos la salvaguardia de vidas e intereses; la policía toda quedaba a su disposición y eran desarmados y dados de baja los voluntarios que, días antes, había alistado el Ejecutivo para defensa de la seguridad pública.

De allí en adelante, él iba a ser el custodio, el ángel tutelar del pueblo y, como tuviera noticia de que el coronel Francisco Villa se acercaba a la población con fuerzas leales, salió a batirlo, regresando pocas horas después con la gloria de haberlo obligado a retirarse, ahorrándole así a Chihuahua, como rotundamente lo manifestó, los horrores de un saqueo.

Aquel era día de fiesta para gran parte de los ricos. Los miembros del Casino Chihuahuense estaban de plácemes, y, pudiera decirse que, en masa, los muchachos de la buena

sociedad, los barbilindos, y hasta alguna que otra persona de las llamadas serias, en un raptó de ese entusiasmo burbujeante que produce la Champagne, decidieron ir a ponerse a las órdenes del generalísimo Orozco para seguirlo como adalides de la Contrarrevolución. En simpático grupo acudieron a su casa, y allí ¡oh prodigio del numen! el más tímido de ellos, el más color de rosa, espetó un brindis tan lleno de elocuencia, tan sembrado de arrojós, de bravuras y de sacrificios, que todos prometieron, empeñando solemne juramento, acompañar al Coloso hasta la muerte.

Fué este un espectáculo verdaderamente conmovedor: aquellos tiernecicos mozalbetes, acostumbrados al regalo de la buena cama y de la buena mesa, hechas sus formas a los caprichos de la última moda, iban a ofrecer todo, hasta su sangre, trocando comodidades por rigores, blanduras por durezas, en aras de la Contrarrevolución naciente.

Aceptados que fueron sus servicios, no sin agradecerseles tanto desprendimiento, se dieron a buscar a sus sastres para que les hicie-

ran correctos uniformes de kaki, con los cuales se prometían lucir, a más de la arrogancia de su talle, las venideras fierezas en la guerra. Pocos días iban a necesitar aquellos guapos para tomar plazas, derrotar ejércitos, derribar fortalezas, hasta llegar a la Ciudad de México como héroes y como salvadores de la Patria.

Lalo, Pancho, Chucho y otros más cuyos nombres no vale la pena recordar, andaban que no cabían de orgullo con la pantorrilla ceñida magníficamente por lustrosa polaina.

Quién era capitán, quién era alférez; corrió la voz de que a don Juan Creel se le dió ad honórem nombramiento de coronel, y un abogado de origen español y de marca española, don Juan de Dios de la Milicua, con enormes cananas cruzadas en el pecho y embarazando un flamante 30×30, estuvo dando guardia algunas noches en el Cuartel General.

RESUMEN DEL CAPÍTULO SEXTO.

Elementos que encontró Orozco y de los cuales dispuso para fomentar la revuelta.—Actitud de la prensa local.—Defección de varios diputados y de los miembros del Ayuntamiento.—El Presidente Municipal despoja la Hacienda de Bustillos y comete rapiñas y violaciones.—Los decretos del Generalísimo.—Pánico general.—Consumátum est.

CAPÍTULO VI.

Al declararse en rebelión Pascual Orozco, había en las arcas del Estado trescientos mil pesos destinados a los perjudicados por la Revolución; y las huestes de Orozco podían estimarse como sigue: en la plaza de Chihuahua, aproximadamente, 600 hombres de destacamento los cuales dependían exclusivamente de él y 150 en Casas Grandes, cuyo jefe estaba a su inmediata disposición. Como fuerzas del Estado, y a las órdenes del Gobernador, existían tres grupos en la Capital, mandados: uno, por el mayor Máximo Castillo, a quien hizo defecionar la elocuencia apostólica del profesor Hernández; otro, por el mayor Guadalupe Gardea; y el último, por el mayor Ortiz Carrera (tropas que se pusieron al mando del coronel Francisco Villa para que hiciera la persecución de Rojas).

La guarnición de Parral, encontrábase bajo la custodia del general José de la Luz Soto, quien por temor a Villa, del que es acérrimo enemigo y no obstante su decantado quijotismo, se vió en el triste caso de hacerse solidario de la defección y cometer atropellos incalificables a los ediles parralenses.

Los elementos de guerra que halló Orozco en las bodegas del Palacio de Gobierno fueron trescientos rifles y cincuenta mil cartuchos.

Esto por lo que respecta a lo material; que, por lo que toca a la parte moral, disponía de más considerables recursos: desde luego, la prensa, pues al único periódico del que tuvo sospechas que no pudiera serle favorable—por un párrafo publicado en él y en el que se sintió lastimada la honra de los orozquistas—se le obligó a callar, no sin haber hecho sufrir antes a su Director, don Silvestre Terrazas, enemigo de Creel, una prisión arbitraria y un inaudito y salvaje atentado en su persona.

De esta prensa, «El Norte» perteneció francamente en un tiempo al señor Creel, y después, de una manera clandestina, siguió

disfrutando de subvención; y «El Monitor», que aunque en apariencia es del Clero, la mayoría de las acciones en la sociedad editora las tiene, según vox pópuli, el mismo señor Creel. Por cuenta de la Contrarrevolución se empezó a publicar un panfleto llamado «El Liberal» y dos o tres periodicuchos de ridículas dimensiones, que, aunque ni dignos son de ser nombrados, podían tener eco en el ánimo de las turbas.

Con estas publicaciones se hizo Orozco su propaganda contrarrevolucionaria, y, puede decirse, que difícilmente se ha visto de parte de hombres que escriben para el público tanta lenidad para observar consignas, tanta abyección para vender el criterio, tanta impudicia para zurcir calumnias; tanta avilantez y cobardía para dirigir insultos. Descarada, desvergonzadamente, se pusieron aquellas hojas periodísticas de parte de la fuerza, en contra de todo principio de justicia, de honradez y de verdad, procurando corromper el sentimiento público y deslumbrar el candor y la buena fe de los individuos ignorantes y sencillos.

Item más, por lo que a elementos pecuniarios se refiere, a Orozco no faltaban los de sus amigos los Terrazas y otros capitalistas que, aunque no muy de grado, le facilitarían, por causa de fuerza mayor, algunas cantidades, razón por la cual en breve plazo se vió cubierto el empréstito de..... \$ 1.200,000.00 que, como principio de cuentas, fué lanzado por la Contrarrevolución Orozquista.

Con tan enorme cantidad de dinero hubo para ofrecer á todos los *patriotas* que quisieran abrazar voluntariamente la causa, una soldada de dos pesos diarios.

Defecionaron también varios de los representantes del Congreso Local, quienes, aconsejados por el licenciado Severo Aguirre, estuvieron a punto de hacer en el Congreso, la declaración de que Chihuahua era independiente de la Confederación Mexicana; y desde muchos meses atrás trabajaban en la intriga de acuerdo con Orozco, pues les parecía cosa sencillísima y así lo platicaban algunos de ellos en cantinas y corrillos, que el movimiento orozquista acabaría por entroni-

zarse en Chapultepec, frase casi oratoria con que el diputado Talavera, en tono femenil, remataba sus peroratas.

De igual suerte defecionaron las autoridades municipales pues que, tanto el presidente propietario, Rafael Trejo, como el suplente, José Elías, estaban comprometidos con el Cuartel General; y Trejo, no contento con prestar servicios a la sedición en la esfera de sus atribuciones, quiso ir más allá y se entregó por completo a la revuelta. Sus ambiciones se cifraban en conquistarse un grado militar, y, para obtener galones, salió de Chihuahua encabezando un piquete de cerca de ochenta hombres, rumbo a la Hacienda de Bustillos, propiedad de la familia Zuloaga, de cuyo intestado es gerente don Alberto Madero, con el objeto de apoderarse, de grado o por fuerza, de todas las existencias de la finca; y así lo hizo en pocos días trasladando a Chihuahua enormes cantidades de maíz, frijol y algunos otros artículos, lo mismo que una numerosísima partida de ganado; pero como Trejo, a más de *bravo* es en extremo intemperante, hizo de Bustillos

el teatro de escenas por demás criminales y bochornosas: en la casa destinada para habitación de la familia Zuloaga, celebró dos o tres orgías en las que hizo víctimas de sus inmoderados apetitos a varias jovencitas de la hacienda.

La primera autoridad política de Chihuahua, al descender a tamañas infamias y a tan inmoderadas rapiñas, se ganaba el grado de capitán en el ejército orozquista.

Por último, defecionaron casi todos: unos por miedo, otros por interés, otros por entusiasmo. Se les había dicho que en marcha triunfal harían su viaje a la Ciudad de México; alardeaban de que la Contrarrevolución tenía poderosos recursos y amenazaban terribles a los que no simpatizaban con el movimiento.

Pronto empezó el desarme de todos los vecinos de Chihuahua que por alguna circunstancia poseyeran armas.

En solemne decreto se intimó, con penas severísimas, al que infringiera este mandato.

Se decretó, asimismo, la suspensión de garantías para el Presidente de la República,

desconociendo los contratos que él y su familia, hasta la tercera generación, hubieran celebrado.

Se encarceló, se ultrajó y se causaron las más duras humillaciones a todo el que era considerado amigo del gobernador González o del presidente Madero.

En una palabra, se sembró por donde quiera el pánico y se hizo gala de fiereza.

El mismo Presidente Municipal, en mangas de camisa, con enorme pistola al cinto, sudoroso y alcoholizado, en compañía de varios gendarmes, practicaba las aprehensiones y medio mundo aplaudió; y la otra mitad, espantada, se ocultó, llevando consigo, vergüenza, tristezas y desencantos.

Así quedó consumado el cuartelazo que el ex Jefe de la Segunda Zona Rural, don Pascual Orozco, merced a su corruptora influencia, hizo que realizaran las tropas que, para el apoyo de las autoridades legítimamente constituidas, sostenía la Federación en el Estado Libre y Soberano de Chihuahua.

ERRATAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Léase
13	12	guerra á las	a las
18	4	ex-favoritos	ex favoritos
20	6	segundo,	segundo;
24	4	aleurnia	alcurnia
30	9	aún	aun
30	19	insinuante,	insinuante;
45	23	exrevolucionarios	ex revolucionarios
89	8	echa	hecha
90	19	le eran	eran
104	9	aún	aun
112	25	decirseque,	decirse que

СВЯТЫЙ ПИРАМ

1-я часть
С. П. ПИРАМ
1811

19 N. Y. B. 10
L. H. S. 1000



F1234
.076
P8

1020003336
108531

AUTOR

PUENTE, Ramón

TITULO

Pascual Orozco y la revuelta
de Chihuahua

FECHA DE

NOMBRE DEL LECTOR

Laura

